MANIFIESTO 25N 2020

Día Internacional para la Eliminación de la Violencia hacia las Mujeres

Este año se cumplen 60 años del asesinato de las hermanas Mirabal, tres activistas políticas y miembros activas de la resistencia. En su honor se estableció esta fecha como Día Internacional para la Eliminación de la Violencia hacia las Mujeres. Desde entonces, no han cesado los esfuerzos de movimientos sociales, feministas y de todos los ámbitos para erradicar las violencias machistas. También es cierto que ya hace unos años que varias iniciativas populares anuncian que el tiempo se ha agotado para los agresores machistas, el #NoEstásSola, el #MeToo y el #YoSíTeCreo. El reto es enorme: se trata de cambiar a la sociedad y destruir el poder patriarcal.

Es evidente que, todavía ahora, los tiempos siguen cambiando y que el rechazo social contra las violencias machistas es cada vez más fuerte. No hay duda de que la defensa de los derechos humanos más fundamentales está ganando, poco a poco, esta partida. Por eso, no debemos perder el horizonte que aún está por llegar mientras tenemos en cuenta el camino que ya hemos recorrido. Hay que fortalecer la estrategia y el compromiso común para erradicar todas las formas de violencia machista: las que se producen en el ámbito de la pareja y expareja o en el ámbito familiar y que, durante muchos años, se han considerado un problema privado, pero también aquellas que se producen en el ámbito laboral o social y comunitario y que han sido tradicionalmente menos visibilizadas, como el acoso sexual o por razón de sexo, los matrimonios forzados o la trata de niñas y mujeres con fines de explotación sexual u otros.

A menudo, se nos pregunta: “¿Qué puedo hacer yo para cambiar todo lo que no me gusta?”, y, afortunadamente, las personas que se lo preguntan han tomado partido para erradicar las violencias machistas. Seguramente, nunca antes había habido una implicación tan extensa y consciente respecto de la violencia machista. De hecho, los últimos meses han

sido absolutamente duros para las mujeres y menores que viven en situaciones de violencia, como, seguramente, lo serán los meses que vendrán, mientras dure la pandemia.

Los agresores modifican la violencia abriendo nuevas grietas para seguir avanzando, adaptándose a las circunstancias. El confinamiento nos ha demostrado que quien quería ejercer el control sobre mujeres y niñas lo ha tenido más fácil que nunca. De hecho, a los agresores les ha bastado emplear mucha menos fuerza que la habitual para seguir manteniendo sus deseos y privilegios. El aislamiento y el incremento de la violencia psicológica ha sido frecuente en contextos en los que se ha reducido la red social y la actividad habitual de las mujeres por las restricciones de movimientos, la reducción de la interacción social o el aumento del teletrabajo. Se han producido situaciones de acoso sexual a cambio de recursos económicos o alojamiento cuando las mujeres han tenido pérdida de ingresos y, por lo tanto, dificultades económicas para seguir adelante. Se han producido agresiones sexuales en entornos de ocio informales en los que no hay personas profesionales formadas en materia de violencias sexuales. También en el mundo virtual, el incremento de las violencias en línea está afectando a muchas mujeres y niñas hasta el punto de poner en riesgo su propia vida. Las ciberviolencias, como el control o el acoso a través de aplicaciones y redes sociales o el *sexpreading*, han cobrado relevancia en la situación de confinamiento y han permitido a los agresores controlar y acosar a sus víctimas, mujeres, jóvenes y niñas, sin necesidad de convivir con ellas.

Pero, cuando la violencia se adapta a las nuevas situaciones, también lo hacen las formas de resistir de sus víctimas. Muchas veces tendemos a pensar, de forma equívoca, que las víctimas son seres pasivos y resignados en su situación y desconocemos que, constantemente, están elaborando y readaptando las maneras en las que se mantienen con vida. La pandemia nos ha cambiado la vida y, durante un tiempo, también nos ha quitado la vida pública y muchas de las cosas que nos mantenían a las personas felices y seguras.

Hemos comprobado que, para muchas, estar en casa no es sinónimo de paz, sino de miedo y violencia.

Quizás este es el año en el que hemos aprendido más que nunca que lo que nos habían enseñado no era cierto y, contrariamente a lo que creíamos, el lugar más seguro para las mujeres y las niñas puede ser la calle, las plazas, los sitios donde hacemos vida, mientras que el hogar, la proximidad, lo que nos habían enseñado que era un refugio, puede ser el espacio más peligroso para nosotras.

Las casas podrían haber actuado como búnker donde el objetivo de los agresores era tener el control sobre la víctima, tener poder sobre ella, si no hubiera sido por las múltiples campañas sociales e institucionales que se han puesto en marcha para poner freno a las violencias.

Cuando hemos vuelto a ocupar las calles y nuestros sitios, los machistas han visto que perdían ese poder. Por eso, los mayores episodios de violencias han sido, precisamente, cuando se ha producido el desconfinamiento.

El número de llamadas y atenciones se ha visto incrementado en cifras tristemente históricas.
Desde el conjunto de administraciones manifestamos nuestro firme compromiso en seguir trabajando para desplegar políticas públicas que pongan fin a todas las violencias machistas y para garantizar la atención, la recuperación y la reparación de las supervivientes.

Por eso, no sabemos dejar de hacer un reconocimiento a todas aquellas personas que han superado aquello de “Son cosas de pareja” y han descolgado el teléfono, y a todas las asociaciones, entidades y grupos feministas del país que han puesto sobre la mesa la emergencia de encontrar soluciones en estos momentos tan difíciles. Necesitamos, más

que nunca, un compromiso unitario de la sociedad y las administraciones para garantizar la vida digna de las mujeres y las niñas.

Viviendo con normalidad, los compañeros y compañeras de trabajo, las amistades, las personas con quienes compartimos actividades diversas, etc., se convierten en vigilantes informales del bienestar. Compartimos preocupaciones, sensaciones, observamos los cambios y, por eso, cuidamos. Cuando todo eso se ha visto impedido, ha sido más importante que nunca que todo el mundo diera un paso adelante para denunciar las violencias machistas en todos sus ámbitos y formas.

Nos dirigimos a todas aquellas mujeres que han resistido la violencia y han buscado el momento idóneo para contárselo a terceras personas; también a las que no podían y su vecindario ha alertado sobre la situación que sufrían, las que han podido escapar. Nos dirigimos, sobre todo, a las que, en una época tan incierta como la presente, todavía permanecen en las casas donde está su victimario.

Finalmente, nos dirigimos a los hombres que estáis en contra de esas violencias y sabéis que uno de vuestros amigos, familiares o conocidos las ejercen: es hora de que os hagáis responsables e intervengáis. Por último, a los agresores, un recordatorio: no habrá espacio para la impunidad.

Las violencias machistas solo se pueden eliminar de raíz. Sé tú también cómplice en la construcción de ese mundo mejor.